

Esto es incontestable. Nosotros hemos llenado primeramente la Europa, y luego los dos mundos, de casas hospitalarias y de asilos para el pobre. Antes de nosotros, antes del cristianismo, no había un sólo establecimiento hospitalario, ni un sólo asilo para el sufrimiento. Nosotros hemos creado el Hospital de la Caridad sobre la tierra. (*Aplausos. Ruido en la izquierda*).

Los mismos moralistas del paganismo no tenían ningún cuidado del pobre, y denominaban la compasión vicio del ánimo. *Misericordia vitium est.* (*Ruido en la izquierda*).

M. Baragnon—Parece que los paganos tienen aquí partidarios. (*Risas*).

Una voz—Quién ha escrito eso?

Monseñor Dupanloup—Séneca, en su tratado de la Clemencia. (*Ruido en la izquierda*).

Lo que yo digo, no es una injuria para nadie. Otro decía que era preciso ser un necio, ó un aturdido, ó un criminal, *stultum, levium aut nefarium*, para abrir su corazón á la compasión. Esto es de Cicerón. (*Pro Murena*). Y ved aquí el resumen de toda la teoría. El sabio no conoce la piedad: *Sapiens non miseretur*.

Repito que nosotros hemos creado el capital de la caridad, y que hemos creado la caridad misma. (*Muy bien! muy bien! en la derecha. Ruido en la izquierda*).

Hoy se habla pomposamente de filantropía, de fraternidad, y se echa en olvido que solamente Jesucristo ha fijado el sentido de estas palabras. Fue necesaria la sangre de los mártires y del mismo Jesucristo para consagrarlas. A este precio es que la tierra ha conocido la caridad. (*Muy bien! Aplausos en la derecha*).

Después hemos continuado aumentando eso capital. ¿A quién debéis vosotros el Hospital principal, los Incurables, los Niños expósitos? A un santo hombre, á un sacerdote, á San Vicente de Paul. (*Ruido en la izquierda*).

Hoy, acabamos de fundar en Francia 120 hospicios nuevos por las manos de las Hermanitas de los pobres. (*Ruido é interrupción en la izquierda*).

El Presidente—Del lado izquierdo de la Asamblea se han manifestado interrupciones cuyos autores no he podido conocer, y que son en extremo indecorosas. Invito á que no se repitan.

Monseñor Dupanloup.—Allí, 20,000 ancianos son vestidos, recogidos, alimentados, alojados con la mayor caridad.

Agrego que cuando las cosas son así, y

ellas son incontestablemente así, (pedid informes á nuestro colega M. Walon, quien os dará los pormenores), comprendese que durante siglos el Clero haya sido el único encargado de administrar el patrimonio de los pobres. Después, el curso del tiempo ha dado á la sociedad laica su participación natural, legítima, preponderante. (*Muy bien!*) Pero no es justo lanzarnos, como lo ha hecho la Convención, del gran dominio de la caridad y decirnos: La casa es mía, salid de ella! *Hæc mea sunt; veteres migrate coloni*.

Ved aquí lo que ha hecho la Convención; y porqué vosotros no podéis hacerlo ni sostenerlo. (*Muy bien, muy bien! Aplauso*).

No se trata únicamente de la justicia que se nos debe; se trata del interés de los mismos pobres.

Las donaciones, los legados, las limosnas serían más considerables si nosotros estuviéramos allí. (*Muy bien!*) La presencia del sacerdote ataca con más seguridad y más largueza las limosnas cristianas, esto es, las más generosas. (*Muy bien!*) El sentimiento religioso es el grande inspirador de la caridad. Es cómplice y confidente del sentimiento que inspira.

Ved aquí la verdad; es á nosotros á quienes se dirigen, cuando se quiero hacer una buena obra, porque se nos tiene confianza.

Un miembro de la izquierda.—¿Los herederos?

Monseñor Dupanloup.—Los herederos? Actualmente, en mi diócesis, se acaba de hacer un legado de un millón y quinientos mil francos á las Hermanitas de los pobres, y estas hermanitas no han aguardado mi consejo para rehusarlo, no obstante el consentimiento de los colaterales. Si aceptásemos, dijeron, no seríamos ya las Hermanitas de los pobres. (*Ruidos y aplausos en la derecha*).

Hay otra consideración que debo tenerse presente. Es la especialidad de la competencia que fortifica la disposición de la ley que yo solicito. El sacerdote no es solamente el hombre de la religión, sino también el hombre del desprendimiento. Esto es lo que constituye su aptitud especial. En el cristianismo, la caridad es la cualidad esencial de la religión. Su ministro no es sólo el hombre de Dios, sino que también es el hombre del pueblo. (*Nuevos aplausos en la derecha*).

En vuestra ley hay un artículo que yo no sabré acatar demasiado; es el 7.º, por el cual, ensanchando las entrañas de la caridad, lo exigía que distribuya sus beneficios en socorros á la familia, á fin de fo-

mentar su espíritu, para que los que padecen no estén privados de la presencia de las personas á quienes aman y por quienes son amados. (*Muy bien*).

Pero entre todas esas miserias domésticas hay algunas que reclaman compasión más delicada y exquisita: son las miserias de aquellos que, sorprendidos por desgracias inesperadas, sufren en silencio y con altivez las privaciones y los dolores. Quien los descubrirá? ¿A quién dejarán ver sus lágrimas esos infortunados? A su sacerdote, á su pastor, á su padre. (*Aplausos en la derecha*).

Atrévome á decir que el artículo 7.º hace indispensable nuestra presencia en los Consejos de la caridad. Tratadnos con severidad, si queréis, más no nos arrebatéis la felicidad de socorrer á los afligidos.

Repito que el simple principio de asociación de las capacidades y de las competencias nos está señalando un puesto en los Consejos de la caridad. Y dándonoslo, hacéis vosotros una cosa natural, exigida por la conciencia pública.

Quando un sacerdote carece de caridad, el mundo le agobia prontamente con el peso de su reprobación. (*Muy bien! muy bien!*) Y supuesto que tenéis conciencia de ello debéis admitirnos. Si no lo hicierais, los pobres se llenarían de tristeza y de asombro.

Las razones expuestas en contra de la enmienda no son perentorias.

Háse dicho que surgirían conflictos entre los ministros de los diferentes cultos: esta objeción es más que añeja. ¿Pero ha llegado el caso de preguntar al infeliz que padece qué religión profesa? (*Muy bien! muy bien en la derecha*).

En nuestro Departamento, horrorosamente devastado por la guerra, hemos tenido en Orleans, por espacio de diez meses, diez mil heridos. Cuando esta inundación de dolor cayó sobre nosotros, todos tuvimos un sólo corazón, una sola alma. Católicos, protestantes, simples fieles, magistrados, sacerdotes, nos hemos reunido en un sentimiento común de caridad. ¿Se ha suscitado el más leve conflicto por motivos de religión? Nuestras ambulancias como nuestros corazones estaban abiertos para todos. (*Aplausos*).

Se dice que lo que pedimos es un privilegio. ¡No! es el derecho de la especialidad. Es nuestro deber aprovecharlo.

Empero se protando separar el elemento laico del elemento clerical; palabra que dispensa toda justicia! Las separaciones ja-

mas han aproximado á nadie. (*Muy bien! muy bien!*)

Quando se aproximan aprenden á amarse y se auxilian para el bien común. Esto mismo hicimos en Orleans para socorrer á nuestros heridos, á nuestros huérfanos, á nuestros móviles; y me siento feliz por poder tributar aquí homenaje á cuantos lo merecen.

Hemos recibido socorros de Inglaterra y de Bélgica; los hemos recibido también de todos los países del mundo, y sobre todo de la pobre y admirable Irlanda! ¿Cuánto? 200,000 francos. (*Aplausos*). Por qué? Porque há diez años que cuando el hambre desolaba á la Irlanda, yo había predicado para socorrer á los irlandeses.

Habíamos colectado para ellos 20,000 francos. Ya veis que nos los han devuelto con usura. Y esas entradas nos llegaban con estas sencillas palabras: "Recuerdo de los irlandeses." (*Aplausos y ruidos*).

No, no es posible suponer conflictos entre los hombres de corazón nacidos para entenderse.

Sin duda que en las academias y en los libros no se escucha constantemente el *genus irritabile vatium* (*Risas*), pero se oye al frente del enemigo común, es decir, la miseria ó el extranjero, y entonces no hay en todos más que un sentimiento: marchar al fuego, marchar juntos á donde se sufre y á donde se muere. (*Nuevos aplausos*).

Si, es necesario no alejar á los hombres unos de otros. No alejéis á los sacerdotes de los legos; son útiles los unos y los otros, y sobre todo, siempre serán útiles á los pobres mientras subsista esta gran palabra de Cristo: *Pauperes semper habetis vobiscum*, palabras muchas veces mal interpretadas y que no quieren decir que la miseria es de institución divina; ella es imperfección humana. Lo que sí es de institución divina es la caridad. (*Aplausos prolongados*) Y Nuestro Señor lo ha comprendido así cuando ha dicho: "Dad limosna, y todo será purificado en vuestra vida."

Se ha dicho: la limosna humilla; sí, cuando no se hace con la delicadeza cristiana; pero no humilla cuando es el don secreto y puro de un hermano á otro hermano, y cuando la mano izquierda ignora los beneficios de la mano derecha. Lo que es humillante es recibir cuando se tiene lo suficiente. El cristianismo ha enseñado al mundo tres grandes cosas: la ley universal del trabajo, ha honrado el trabajo y lo ha hecho libre. Antes de él el trabajo era esclavo...

M. Levoque—Eso no es exacto. (Ruido).
 Monseñor Dupanloup—Suplico á mi traductor que venga mañana á decir en la tribuna lo que haya de inexacto en mis palabras. (Muy bien! muy bien!) Os conjuro, pues, á que adoptéis la enmienda. Nuestro Clero de Francia no es acreedor á ese alcjamiento con que se lo quiere fastimar. Los que le conocen saben que es abnegado y modesto y que marcha al frente de todos los Cleros por la caridad.

Ah! si supiérais con cuán poco vivo la mayor parte! Es difícil muchas veces hacer el bien, lo sé; pero hoy se os presenta la ocasión única de reparar una grande injusticia y de restablecer en su lugar natural á la religion y al Clero. Obrando así, hareis una cosa buena, sabia, justa y patriótica. (Aplausos prolongados. Al volver á su banca, el orador recibe numerosas felicitaciones).

El Relator—Ayer os manifesté el motivo por el cual la Comisión, creyendo corresponder á un deseo de la Asamblea, habia rechazado la enmienda; sin embargo, bajo la profunda emoci6n producida por el discurso que acabais de oír, la mayoría de la Comisión adopta esa enmienda. (Muy bien! muy bien!)

Ent6nces comienza uno de esos tumultos que llamamos de buen agüero. La extrema izquierda, viendo que perdía la partida, trabaja por impedir la votación. Muchos importunos, como se encuentran en los momentos de borrasca, suben á la tribuna, pero la abandonan prontamente en presencia de la tempestad. Un grito formidable pide que se cierre la votación.

En la izquierda: No! no! hasta mañana!

En el momento que se va á proceder á la votación, la izquierda exclama: "Nosotros estamos en mayoría!" y estos señores desaparecen por las portezuelas de los corredores. Viendo que se procede á la votación, uno de la izquierda pide que sea nominal.

El señor Grevy, Presidente.—Presentad una petición regular.

Entre tanto la enmienda iba á ser votada. No quedaba ya sino un medio á la izquierda: rehusar la votación. Eran las seis: cierto número de Diputados de la derecha, que temían sin duda hallar fría la comida, habían desertado; era, pues, posible que, gracias á la abstención de la izquierda, fuese anulada la votación por falta del número reglamentario para su validez; pero este cálculo fracasó: 468 votos contra 10 dieron la victoria al Ilustrísimo Obispo de Orleans. X. DE FONTAINES.

PAN Y QUESO.

EN LA MESA.

SERIAN las cinco de la tarde cuando en casa del General Bruni iban reuniéndose los oficiales de la guarnición. Por la mañana en la plaza de armas habia tenido lugar una gran revista y ejercicio de fuego, y por la tarde se coronaba esta fiesta militar con un alegre y espléndido banquete.

Era el General un antiguo y vigoroso militar, de maneras algo rudas, pero franco y de un corazón noble y generoso. Rodeábase constantemente de sus oficiales, como un padre se rodea de sus hijos. Al uno decía:—Capitan, vuestra compañía se despliega, marcha y maniobra con tanta flexibilidad, y á la par con tanta precisión, que cuando dispara semeja á una serpiente de fuego.—Al otro:—Teniente, decid á los muchachos de vuestra seccion, que les he visto subir á la carga, y son el tipo del soldado bravo y animoso.

En tanto se aproximaba la hora de la comida, y el General, dirigiéndose á uno de los convidados que estaba en pié apoyado en el marco de una ventana, arrojó la mastigada punta de un cigarro, y sacando el reloj del bolsillo y mirándolo fijamente:—Par diez! dijo, hoy Bertino (esto era el nombre del cocinero) se hace esperar demasiado. Aún no habia terminado de decir estas palabras, se abrió la puerta de par en par, y un criado con el gorro blanco en la mano anunció:—La comida está servida. El General invitó á los concurrentes á que se apresurasen, y golpeando con su mano la espalda de un arrogante y jóven Teniente de grandes bigotes:—Amigo mío, lo dijo al oído, hoy os sentareis á mi derecha en la mesa.

Aún no habia transcurrido de esto un tercio de hora, cuando ya estaba empeñada la lucha alrededor de la mesa; por todas partes trabajaban los trinchantes, agitábanse los tenedores, despedazábanse pollos, mondábanse huesos y partíanse pasteles con tal afán, que parecia un combate desesperado con decidido propósito de no ceder cuartel, sólo que en vez de sangre corría vino, y los ayes y clamores eran discretos y agudos chistes y cordiales y francas careajadas.

El General, que ocupaba la cabecera de la mesa, metió la mano en el bolsillo para sacar su mondadientes, y se apercebíó que le faltaba el reloj. Buscó por aquí y por allá, tentó inútilmente sus bolsillos, y volviéndose á un Capitan que estaba sentado á

su izquierda, le dijo:—Mi reloj ha desaparecido.

—General, dijo éste, lo habrá usted dejado á la cabecera de la cama. Hace pocos días sucedió lo mismo...

—Pero ahora no, y lo repito; lo he tenido hace muy poco entre las manos, y por eso no vacio en asegurar que ha desaparecido. ¿No recuerda usted que cuando estábamos en la sala junto á la ventana, lo he sacado y lo he vuelto á guardar?

—Es cierto, mi General.

—Y usted, Teniente? (dijo dirigiéndose á otro), no lo recuerda?

—También me acuerdo, mi General.

—No sé qué pensar... todos somos militares, oficiales... y sin embargo, el hecho habla muy elocuentemente: el reloj estaba aquí (decía el General tocando el bolsillo de la cintura del pantalon), aún no hace diez minutos, y ahora ya no está.

Todos miraban como recordando, y dábanse á pensar sin poder encontrar el cabo de la madeja.

El Capitan que estaba sentado al lado izquierdo junto al General, se levantó, y con un gesto entre placentero y desdenguado, dijo:

—No quiero que nadie sospeche de mí, estoy al lado de nuestro General, pero no para permitirme una broma tan poco digna. (Y diciendo esto, metió sus manos en los bolsillos, y los vació hasta mostrar los forros).

—Ni yo, repuso otro.

—Ni yo.

—Ni yo.—Y cada cual hacia lo mismo que el primero, sacando y vaciando sus bolsillos. El General, puesto en pié como para prestar mayor atención, seguía fijamente con sus ojos esta operación, y ocultando con sus bigotes una mélica sonrisa, procuraba disminuir la gravedad del asunto y tomarlo á broma, como si sintiese haber dado lugar á algunas palabras acres y ofensivas.

Únicamente quedaba á la derecha aquel oficial que el General habia llamado junto á sí; y éste, cuando le llegó su vez, se lo alteró el semblante, poniéndose purpúrea la cara y la frente, cual si le ardieran, y viendo fijas en él todas las miradas en medio de un silencio sepulcral, se escusó con pocas palabras de no tener noticia alguna del extraviado reloj.

El General permaneció mudo, y todos los oficiales quedaron frios cual si respirasen una atmósfera de hielo. Se cambiaron muy pocas palabras, y éstas con trabajo, pues

nadie osaba mirar al otro á la cara. Omitiose el café, los licres y los consabidos cigarros. Todo el mundo descaba, y el General más que nadie, salir de allí á respirar el aire libre y á comentar una aventura tan inexplicable. Cuando salieron á la calle, todas las conversaciones vinieron á recaer sobre lo mismo; esto es, sobre Liofredo (este era el nombre del desventurado oficial). Reunidos en corrillos de dos en dos y de tres en tres, preguntábanse en voz baja unos á otros, qué misterio podria encerrar aquel hecho.

—Quién lo hubiera dicho!

—Yo por mí no lo creo capaz, decía uno.

—Tendrá deudas tal vez, y las deudas dan diabólicos consejos, decía otro.

—Bah! exclamaba un tercero, aun cuando se tengan deudas, nunca se comete semejante desatino. Imposible

QUIEN ERA LIOFREDO.

LIOFREDO era un joven de unos veintisiete años, de linaje ilustre, arrogante, digno en su comportamiento y de fines y distinguidos modales.

Tenia ancha frente, ojos serenos, y su cara, á pesar de sus veintisiete años, tenia ese tinte de leche y rosa, especial distintivo de la pureza de costumbres, el cual hacia un notable contraste con su gran bigote negro, espeso y brillante, que bajaba separando sus mejillas de su barba: esta era la única ambición vulgar que tenia Liofredo. Tanto como tenia de arrogante y agraciado en su figura, tenia de valeroso su ánimo: era franco, leal, desinteresado é incapaz de concebir, y ménos de cometer ninguna baja.

En la Academia militar, además de ser excelente ginete y diestro tirador, habia gozado una gran reputación de hombre instruido y muy aventajado en las matemáticas y arte militar. Cuando ingresó en el ejército, se atrajo las simpatías de todos, no porque ofreciera su aspecto nada de nuevo á original, sino porque con todos se asociaba, y era amable y excelente compañero, aunque no muy inclinado á reuniones.

Rara vez iba al teatro, y ménos á los raos y tertulias, pero no pasaba día que no dedicase algunas horas al estudio.

Todos lo sabían y hasta los mismos compañeros que á veces le zumbaban, lejos de achacar su conducta á cortedad ó taciturnia, admirábanle en secreto con tanto más motivo cuanto que Liofredo estaba en la clase de oficiales instructores, y tan pronto como